

capilla del Cristo, en un sepulcro nuevo construido á expensas del fraile don Diego de Lujan. Sus restos reposaron bajo las gradas del altar, protegidos por aquellos edificantes religiosos que le querían y entre los cuales gustábale en vida ir á descansar de los chismes de la ciudad. Cuando había interpuesto Colon el río entre él y sus enemigos, creía estar fuera del alcance de sus tiros. En el seno de la paz de aquel claustro donde tan á menudo se había refugiado, continuó descansando en el Señor hasta el año 1526.

Entónces, la azada que había turbado el silencio de su sepulcro del convento de franciscanos de Valladolid se dejó sentir en su nueva tumba. Junto á sus restos fueron depositados los de don Diego Colon su hijo y sucesor. Aquellos que habían matado lentamente al padre, habían logrado también acabar con su hijo.

Después de un silencio de diez años, fué otra vez abierta aquella sepultura. Los restos de Colon sacados de la Cartuja de las Grutas fueron colocados á bordo de una carabela. El que había sido el primero en cruzar el Océano, abrasado el corazón en santas esperanzas, el primero que había medido sus espacios, cargado de cadenas, fué también el primero que debió cruzarlo siendo cadáver. Regresó con sus cadenas á la ciudad en que se las habían puesto.

El cadáver de Cristóbal Colon fué trasladado durante el año 1536 desde Castilla á Santo Domingo, aquella ciudad construida por orden suya, á la que había dado por armas, además del león y la torre de Isabel, la cruz y la llave, emblema del Catolicismo (1). Fué depositado en la Catedral, en un sepulcro situado á la derecha del altar mayor.

Docientos sesenta años trascurrieron después sin que ningún rumor llegara hasta el ataúd de plomo que encerraba los restos del héroe; y quedaron de tal manera olvidados que hacia el año 1770 se ignoraba en la Isla el lugar de su sepultura. Un francés, el noble Moreau de Saint-Merry, fué quien tuvo la fortuna de descubrirla en la Catedral de Santo Domingo y de llevar á cabo su restauración (2). Muchísimos acontecimientos se habían sucedido por mar y tierra entre los hombres. Un tratado de paz firmado entre Francia y España, en 1795, aseguró á la primera de estas dos potencias la posesión definitiva de la Española, pero el gobierno de España no quiso abandonar aquella gloriosa reliquia á los nuevos señores de la Isla.

Por iniciativa del Almirante don Gabriel de Aristizabal se decidió la exhumación

(1) Aunque Ovando cambió de situación la ciudad de Santo Domingo, perjudicando los verdaderos intereses de la Colonia, todos los habitantes, lo mismo que gran parte de los materiales de la nueva ciudad, procedían de la antigua, y formaban la continuación de la ciudad fundada por el Adelantado, según las órdenes de Cristóbal Colon.

(2) Anales marítimos y coloniales, tom. IX, pág. 342, 1.ª serie. — «En una iglesia de Santo Domingo encontró el sepulcro de Cristóbal Colon cuya existencia ignoraban los habitantes del país.»

de los restos de Colon y su traslación á Cuba. En su consecuencia, el 20 de diciembre de 1795 se reunieron en la Catedral de Santo Domingo las autoridades civiles y militares de la Colonia, en cuya presencia se abrió el sepulcro en el cual se hallaron los fragmentos de un ataúd de plomo mezclados con huesos humanos y polvo terroso. Recogieron piadosamente aquellos restos y se depositaron en un cofre de plomo dorado, forrado de terciopelo negro guarnecido con galones y flecos de oro (1). Fué depositado provisionalmente en un catafalco cubierto de negro. Fieles los franciscanos á su antiguo cariño, velaron al lado del ataúd y rezaron el oficio de difuntos.

El día siguiente, el gobernador de Santo Domingo, el Estado mayor de la plaza y de la marina, todos los funcionarios y lo más distinguido de la ciudad se reunieron en la iglesia, donde el arzobispo excelentísimo señor Fernando Portillo y Torres, asistido de sus catorce canónigos (2), de los religiosos franciscanos, de los Dominicos y de los Mercedarios, celebró el oficio, y pronunció después la oración fúnebre del Virey de las Indias (3). Después, á las cuatro de la tarde del mismo día, se verificó la traslación de aquellos restos preciosos al bergantín del Estado *el Descubrimiento*. Aquella traslación era al mismo tiempo una pompa militar y una ceremonia religiosa. Hubiérase dicho que era la marcha triunfal de las reliquias de un santo. La Iglesia tributó honores al Mensajero de la Cruz, al primer cristiano que publicó el nombre de Jesucristo en aquella Isla. Todas las banderas estaban cubiertas de gasa. El ataúd, llevado alternativamente por los más distinguidos miembros de la Colonia, fué conducido como en procesión al embarcadero al son de los himnos y de las salvas de los fuertes, con lo cual hacían fúnebre armonía los buques de la rada con sus vergas al morrón. La comitiva se paró al llegar extramuros de Santo Domingo. El clero cantó sus últimos responsos frente al mar, en la orilla del Ozama, y la ciudadela saludó los restos venerables con quince cañonazos como para un Almirante en activo servicio. Luego que el ataúd estuvo dentro de la lancha que le iba á traspasar al *Descubrimiento*, el arzobispo entregó al capitán general la llave del mismo (4).

(1) «La caja es de largo y ancho como de media vara y de alto una tercia; y se trasladó á un ataúd forrado en terciopelo negro, guarnecido de galon y flecos de oro.» — *Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.* — Colección diplomática, núm. CLXXVII.

(2) El primado de las Indias, unido primeramente al arzobispado de Sevilla, se había trasladado después á Santo Domingo que se erigió en arzobispado, con arcedianato y cabildo, compuesto de catorce canónigos. — Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. VI.

(3) «Se cantó solemnemente vigilia y misa de difuntos, predicando después el mismo Sr. Arzobispo.» — *Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.* — Colección diplomática, número CLXXVII.

(4) «En seguida el gobernador capitán general tomó la llave del ataúd de mano del Sr. Arzobispo y la entregó al Sr. Comandante de la armada para que la entregase al Sr. Gobernador de la Habana.» — *Colección diplomática*, núm. CLXXVII.

En presencia de la multitud que había acudido á la orilla del Ozama, se hizo á la vela el *Descubrimiento*, y se dirigió hacia la bahía de Ochoa, donde estaba anclado el navío *San Lorenzo*, el cual luégo de recibido el precioso depósito levó anclas y navegó en direccion á la Habana donde llegó el 15 de enero de 1796. Nuevos honores esperaban allí á los restos del Héroe de los mares.

Fueron recibidos con todo el aparato posible. Tres hileras de jabeques y botes los acompañaron al puerto, en medio de las salvas de todas las baterías de la costa y de los buques de guerra. El gobernador general de Cuba y todos los funcionarios superiores de la isla acudieron al muelle para recibir el ataúd y llevarlo, en medio de doble fila de tropas, hasta la Plaza Mayor, donde le esperaba un rico carruaje. Allí fué colocado por breves momentos en un túmulo y fué entregado despues al gobernador general, dándole la llave del ataúd. Todos los pechos se hallaban agitados por cierta emocion cristiana. El expediente de la ceremonia consigna intencionalmente que en aquel sitio se había celebrado la primera misa cuando se fundó la ciudad (1). Encamináronse procesionalmente hacia la catedral; el arzobispo ofició de pontifical, depositáronse despues los restos mortales cerca del altar mayor, á la derecha, en presencia de todas las notabilidades de la isla en medio del más profundo sentimiento religioso.

No hay que engañarse:

Aquel aparato guerrero y religioso, aquel desusado concurso de los pueblos, aquel piadoso afán de las tropas de mar y tierra, de las autoridades civiles y de las corporaciones eclesiásticas, era ménos un testimonio de gratitud prestado al Descubrimiento de aquellas regiones, que un homenaje rendido á la memoria del Héroe cristiano que, «despues de haber descubierto aquella isla plantó el primero en ella el estandarte de la Cruz y propagó entre sus naturales la Fé de Jesucristo (2).»

Por sus éxhumaciones sucesivas, se ve que las vicisitudes de Colon, y la agitación de su destino, no terminaron con la muerte, refugio de perpétua inmovilidad para el comun de los hombres. Asi como había pedido cuatro veces un asilo á la familia franciscana, así como había realizado cuatro expediciones de Descubrimientos, también su cuerpo pasó cuatro veces de uno á otro sepulcro en busca de una tumba definitiva. ¿No podría decirse en vista de todo esto, que lo prodi-

(1) «Delante del obelisco donde se celebró la primera misa en aquella ciudad» — *Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.*

(2) «En prueba de la alta estimacion y respetuosa memoria que hacian del Héroe que habiendo descubierto aquella isla plantó el primero allí la señal de la Cruz, y propagó entre sus naturales la Fé de Jesucristo.» — *Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.*—Coleccion diplomática, número CLXXVII.

gioso le sigue más allá de la tumba, como si no debiera parecerse al resto de los mortales ni siquiera despues de la muerte?

No sería esta obra un MONUMENTO Á COLON si omitiéramos en ella lo más sustancial que se ha escrito, hasta la hora presente, acerca del supuesto hallazgo de sus restos en Santo Domingo, de cuya traslacion á la Habana nos habla el autor tan detalladamente en este capítulo. En su consecuencia, creemos que nuestros apreciables lectores nos agradecerán la insercion de los siguientes escritos.

DESCUBRIMIENTO DE LAS CENIZAS DE CRISTÓBAL COLON.

El ilustre César Cantú nos dispensa la honra de comunicarnos copia de la siguiente carta que le ha escrito S. E. Rev. Monseñor G. Roque Cocchia, vicario apostólico de Santo Domingo.

«Santo Domingo, 30 octubre 1877.

ILUSTRE SEÑOR,

Por los periódicos habrá sabido V. el feliz hallazgo de los restos mortales de nuestro esclarecido Cristóbal Colon. Sin embargo, yo debo al primer historiador de Europa, ó mejor dicho de nuestra época, una comunicacion directa de semejante acontecimiento, verificado el 10 del mes pasado en esta catedral. Á este fin le dirijo á V. la presente, en la que le acompaño la Pastoral publicada por mí con motivo de tan fausto suceso. Lleva impresa la escritura que se extendió acerca del hecho.

El asunto no admite duda, la historia puede registrar esta grave *rectificacion*, la humanidad puede venerar las reliquias de Colon en Santo Domingo.

Es indudable que V. se gozará en ello como historiador y como italiano: como historiador, por la verdad aclarada en la persona de aquel grande hombre que V. pintó con la pluma de Livio en el Libro XIV y en la biografía XIX de su *Historia universal*; como italiano, mirando el descubrimiento y el nuevo culto el inmortal genoves.